

UNA METÁFORA ESENCIAL DE UNAMUNO

(«COMO EL CRECER DE LAS ENCINAS»)

No sólo hay, junto al Unamuno agónico de la exégesis tradicional, un Unamuno contemplativo, como Blanco Aguinaga nos ha hecho ver¹, sino un Unamuno invariable, coherente, igual a sí mismo, desde que a finales de siglo adquirió su propia personalidad, junto al Unamuno contradictorio, zigzagueante y paradójico, que la crítica ha visto siempre y que incluso a él le gustaba exhibir de vez en cuando. Por debajo del Unamuno desarticulado, impulsado por las intuiciones de cada momento, que con frecuencia negaban sus afirmaciones del día anterior, hay un Unamuno vertebrado alrededor de un núcleo de ideas, de creencias y de posiciones, que permaneció inalterable a través de sus sucesivas transformaciones y a pesar de sus perpetuos imprevistos. Pero no es fácil reconocer a ese Unamuno; recordemos los debates sobre su socialismo o su liberalismo, sobre su cristianismo o su ateísmo, o sobre su simulación o su sinceridad, etc. Habría que situarse en el centro mismo de ese núcleo permanente para entenderlo mejor y alcanzar ese conocimiento total, que tanto se hurta a las indagaciones de sus comentaristas y que ha sido la obsesión más frecuente de sus lectores.

Si Unamuno fue fundamentalmente un escritor, es decir, un creador a partir de la palabra, parece natural que sea a través de la palabra por donde pueda venirnos la posibilidad de su mejor entendimiento. Buscar a Unamuno a través de sus ideas es más complicado y más peligroso que buscarlo en sus palabras, sobre todo si se piensa que le interesaban más las palabras que las ideas, lo que explicaría su desconfianza de las ideas y su devoción por las palabras. De sus ideas podríamos llegar a dudar, pero lo que es seguro es que sus palabras son indudables. Sin embargo, es tan eruptivo su pensamiento, tan atractiva su posición intelectual y tan sorprendente su personalidad, que su propia lengua, su universo verbal, no ha merecido la atención debida, con lo que se ha cegado una de las vías más prometedoras para el descubrimiento de su verdadera originalidad. Los libros más conocidos sobre su figura son obra, en general, de filósofos o de ensayistas, y hay muy pocos de filólogos y menos de lingüistas. Aspectos parciales de su lengua, como su inicial populismo, su salmantinismo o sus arcaísmos, etc., han sido estudiados

¹ «El Unamuno contemplativo», C. Blanco Aguinaga, 1959, México.

con fecundas consecuencias². Ha sido analizado con precisión y con profundidad su ideal lingüístico³, es decir, la estructura formal de su lengua, pero no se ha abordado ésta con la misma intensidad.

PENSAMIENTO METAFÓRICO

La palabra en Unamuno está siempre fuertemente cargada de sentido metafórico; por eso antes que con sus ideas nos encontramos con sus metáforas. Él mismo era consciente de esto cuando decía: «Voy a servirme, como acostumbro hacer, de metáforas para aclarar mi idea»⁴. Esta actitud es la que ha llevado a clasificarlo esencialmente como poeta, a cuya confirmación afluirían con facilidad los testimonios de sus ensayos, de sus novelas, de su teatro, de sus libros de viajes y de sus artículos periodísticos. Si podemos establecer limitaciones aduaneras para su densidad filosófica, su interés dramático o su importancia novelística, nadie podrá cuestionar su capacidad verbal, su verdadera y radical condición de poeta, sobre todo si participamos de la idea de Mallarmé, de que «la poesía no se escribe con ideas, sino con palabras». Su misma abrumadora producción literaria, que ha llenado miles y miles de páginas, viene a demostrar su extraordinaria dimensión verbal, la obligada dependencia de la palabra de cualquier indagación unamuniana. Y la palabra, como tantas veces lo dijo Unamuno, es esencialmente metáfora: «Las más de las palabras son metáforas comprimidas a presión de siglos; esto se ha dicho ya mil veces»⁵.

En este continente unamuniano de palabras, viven las metáforas con frondosa vitalidad. Unamuno siempre estuvo atento, desde su doble perspectiva de poeta y de filósofo, a la multiplicidad de su propia lengua. «Se las pesca [a las metáforas] en el mar de la filología. Y es para lo mejor que sirve estarle hurgando y escarbando las entrañas a un lenguaje: para sacar metáforas y resucitar así las palabras. Que sólo son vivas, que sólo son poéticas, que sólo son evocadoras, cuando nos muestran

² García Blanco, M.: «Unamuno y el lenguaje salmantino», «El Español». 87; junio, 1944.

Menéndez Pidal, R.: «Recuerdos referentes a Unamuno», CCMU, Salamanca, 1951.

García Blanco, M.: «Don Miguel de Unamuno y la lengua española», Salamanca, 1952.

Blanco Aguinaga, C.: «Unamuno y su lengua», México, 1952.

Chicharro de León, J.: «Recreations grammaticales. La Langue d'Unamuno». Cahiers linguistiques, 11-13, feb.-jun., 1953.

Idem: «Particularités de la langue d'Unamuno». Les Langues Modernes, París, 1956.

Jiménez Hernández, A.: «Miguel de Unamuno: ética y estética del lenguaje», Salamanca, 1958.

Lafín Martínez, M.: «Aspectos estilísticos y semánticos del vocabulario poético de Unamuno», CCMU, Salamanca, 1959.

Idem: «La palabra en Unamuno», Caracas, 1964.

Bejarano V. y Escamilla M.: «Vocabulario salmantino en la poesía de Unamuno», «Anuario de Filología», 2, Universidad de Barcelona, pp. 273-330.

³ Norton Huarte, I.: «El ideario lingüístico de Unamuno», CCMU, V, 1954.

⁴ O.C. I, 1087; dic. 1905.

⁵ O.C. I, 1162; junio, 1904.

sus metáforas»⁶. Las metáforas saltan en sus páginas como una sorprendente e inagotable floración primaveral. Es una de las invariantes de su estilo, que traduce la radical metaforización de su pensamiento, o, si se quiere, su más profunda dimensión poética, porque como él dijo, «lo que no es metáfora es cosa muerta»⁷. En esto Unamuno no cambió. Su preocupación por las metáforas fue permanente y siempre la misma.

En su obra, hay metáforas que se ven nacer y desarrollarse, dar sus frutos y arraigarse en el planeta verbal de Unamuno, que tenía en las metáforas su más exacta expresión. «Doy por una metáfora todos los silogismos...; la metáfora me enseña más, me alumbrá más, y, sobre todo, encuentro calor debajo de ella, pues la imaginación sólo a fuego trabaja»⁸. Esta afirmación demuestra la importancia que, en la elaboración de su pensamiento, le concedía a la metáfora; incluso, para hacer su aseveración y demostrar su sinceridad, empiedra la frase de metáforas: alumbrá, calor, fuego, trabaja. Por otra parte, estas palabras establecen el papel de su juego metafórico en relación con sus ideas. Siempre nacen, sus metáforas, en contacto con su pensamiento. Siempre son, en un autor de esencialidades, esenciales. Nunca son decoración superpuesta u ornamentación indirecta. Sus metáforas son muy suyas, como todo lo que él hacía. Sus paisajes son metáforas y su poema «El Cristo de Velázquez» es una metáfora continuada. Sus metáforas son sus ideas. No en vano pensaba que el lenguaje es fundamentalmente metafórico. «¿qué no es una metáfora? La ciencia se construye con lenguaje, y el lenguaje es esencialmente metafórico. Materia, fuerza, espíritu, luz, memoria... metáforas todo»⁹.

ENCUENTRO CON LAS ENCINAS

Una de las metáforas que con más frecuencia aparece en los textos de Unamuno, es la de la encina, metáfora de raíces clásicas, pero que tiene en nuestro autor un particular cultivo y que está conectada con amplias zonas de su pensamiento, precisamente con todas aquéllas que más lo caracterizan. Se puede decir que la encina es una de las metáforas esenciales de su pensamiento metafórico. Como veremos, en la encina encuentra Unamuno un gran cómplice para hacernos conocer su realidad intelectual, su mundo propio.

De un mero conocimiento libresco, como podría ser el utilizado en la redacción de este párrafo de su primera novela, «Paz en la guerra», escrita entre 1884 y 1896: «[la mujer vasca tiene] la elegancia del fresno, la solidez de la encina y la plenitud del castaño», pasó a un conocimiento directo de la encina, a su llegada al paisaje salmantino. Todo lo que su introducción en Castilla tuvo de novedad, de «afinidad electiva», podría representarse por su reconocimiento de la encina, que habrá de metabolizarse en su propia materia poética.

⁶ O.C. VII, 901, junio 1924.

⁷ O.C. VII, 1530.

⁸ O.C. I, 313.

⁹ O.C. I, 1141.

En 1891, Unamuno llega a Salamanca y en 1895 ya está instalada en su prosa la encina, como una de las primeras consecuencias de su determinante experiencia castellana. La encina, desde el principio, se nos señala con una serie de adjetivaciones que permanecerán para siempre unidas a su cita: en la descripción que del campo castellano hace en el primer libro que expresa su nueva situación de Castilladicto, «En torno al casticismo», aparece inevitablemente la encina: «alguna procesión monótona y grave de pardas encinas, de verde severo y perenne, que pasan lentamente espaciadas»¹⁰, como en un travelling cinematográfico, rodado desde un tren de finales de siglo. Ya está aquí la encina castellana, vista con una incongruente policromía, las pardas encinas verdes, que recuerda la del verso de Goethe: «es verde el dorado árbol de la vida». Ya tenemos aquí la encina, con su monotonía, su gravedad, su color pardo, su verde severo, sus hojas perennes y su solemnidad procesional. Ya tenemos, una criatura vegetal convertida en metáfora humana, de índole religiosa y connotaciones de severidad y de resistencia, con el añadido de la lentitud de su andadura y el distanciamiento de su soledad. Después, las encinas se integran en el paisaje, colocadas en la línea del horizonte, como un fleco de la tierra sobre el cielo crepuscular: «en la pura línea del fondo, resaltaban unas encinas recogidas y graves»¹¹, escribe Unamuno en un arrebatado artículo, verdadera hoguera barroca de formas verbales, que describe una «Fantasía crepuscular», en 1898.

También, muy pronto, la encina aparece en los versos unamunianos, que describen una primitiva experiencia salmantina, la romería del Cristo de Cabrera. En el poema escrito con este motivo, en 1899, y que después incorporaría a sus «Poesías»¹², nos encontramos con la imagen del árbol, en la que repite los adjetivos de su primera cita, iniciando el proceso de su fijación como estereotipo literario personal:

«La encina grave
de hoja oscura y perenne
que siente inmoble
la caricia del aire».

Vuelve la gravedad de la primera impresión y la idea de la perennidad de la hoja de la encina; la citada contradicción cromática se resuelve en color oscuro, que arrastra la evocación de la serenidad inicial y aumenta la densidad de la gravedad, que estaba empezando a convertirse en rasgo unamunianamente esencial. Y por primera vez aparece una observación visual que hará fortuna en el universo metafórico de Unamuno: la encina siente la inmoble caricia del aire, donde el cultismo y desusado «inmoble» asoma para quedarse mucho tiempo.

PREFERENCIA POR LA ENCINA

Instalada la encina en su vida y en su obra, Unamuno la prefirió

¹⁰ O.C. I, 808.

¹¹ O.C. I, 77.

¹² «Poesías», 1907, en O.C., VI, 191.

entre todos los otros árboles de su vivencia castellana. Hay un curioso texto, de finales de siglo, incorporado a su libro «Paisajes», de 1902, en el que la encina, que estaba todavía en proceso de enraizamiento en el planeta verbal de Unamuno, sufre la competencia del álamo, especie arbórea también extendida en la geografía regional salmantina. Cuando en el citado texto nos hace la descripción del paisaje de «La Flecha», se encuentra con el álamo: «Se alzan en las márgenes [del río Tormes] cortinas de espigados álamos, lánguidos y derechos, infundiendo al que los contempla la sensación de sencillez suprema que este humilde árbol produce. Porque es el pobre álamo de las orillas un árbol que parece encarnar en el paisaje el espíritu de aquellos «primitivos» que pintaran la gloria con los matices del alba; es un árbol que tiene algo de dulce rigidez litúrgica»¹³. Pero todos estos valores metafóricos reconocidos no pueden aguantar la comparación con la encina, que allí mismo extiende las imágenes de sus sugerencias metafóricas. El álamo espigado, lánguido, humilde y casi litúrgico no significa tanto como la encina, porque «la encina, vestida siempre e inmóvil, se esparce por la llanura, mientras el álamo se recoge junto a los ríos, riberas y regatos, mirándose en las aguas cómo tiembla el aire»¹⁴. La gravedad, la perennidad y la inmovilidad son cualidades evidentemente más gratas a Unamuno que las dulces gracias que exhibe el álamo lírico.

También el sauce, menos mesetario y más fuera de la experiencia visual más habitual de Unamuno, sufrió la comparación con la encina. En el «Rosario de sonetos líricos», le dedicó a esta comparación un soneto, escrito en 1910, en el que casi repite los elementos comparativos del anterior ejemplo, sustituyendo el álamo por el sauce y llegando, como sería de esperar, a la misma conclusión. Se titula, precisamente, «La encina y el sauce» y dice así:

«La inmoble encina al cielo inmoble alza redonda
la copa prieta que ni cierzo riza,
mientras que el sauce llorón en el agua huidiza
la cabellera tiende hundiéndola en la honda.

Van sus hojas de otoño del río en la ronda
hacia el mar en que el río vencido agoniza
y al llegar del invierno los cielos ceniza
menea su manojito de varas sin fronda.

Déme Dios el vigor de la encina selvática
que huracanes respira en su copa robusta
y del alma en el centro una rama fanática

con verdor de negrura perenne y adusta,
que no quiero del sauce la fronda simpática
que a las aguas que pasan doblega su fusta»¹⁵.

¹³ O.C., I, 61.

¹⁴ O.C., I, 61.

¹⁵ O.C., VI, 369.

Decididamente, para Unamuno la encina es incomparable y le sigue reconociendo los mismos signos metafóricos, que venimos recogiendo, de la inmovilidad al viento, el vigor de su arquitectura vegetal, el verdor perenne de su follaje y su adusta presencia. Como vemos, el sauce no tenía ni comparación y al álamo le concedería un segundo término condescendiente: «nunca me he sentido rebullir más reciamente dentro de mí a la Patria... como cuando me he dejado olvidar en medio de un monte de encinas o siquiera de un soto de álamos»¹⁶.

Ningún árbol se asomaría tantas veces a sus textos. Ni los hayales nativos, ni las coníferas de sus viajes a otras latitudes, ni los chopos castellanos de Machado y Ortega tentaron con tanta intensidad su pluma como las encinas. Incluso, el dios hispano que Machado lo quería de roble, para Unamuno, como veremos, era más propio que fuera de encina. Y la figura nacional, por excelencia, Don Quijote, está unida, para él, a la imagen de la encina: «No puedo representarme a Don Quijote sino al pie de una encina, con las bellotas en la mano»¹⁷.

EL NOMBRE DE LA ENCINA

Consecuencia de esta continuada atención a la encina, como metáfora, fue su preocupación filológica por la historia de la palabra, que confirma lo intensa y profundamente que sentía todo lo relacionado con ella. Cuando trata el tema «de la enseñanza superior en España», en 1899, y debe demostrar el interés de los estudios de la gramática histórica, se acuerda de su encina, en aquel entonces casi recién adquirida para su vocabulario poético, y nos dice que «el cómo se origina es lo que importa; que no [importa] el que «encina» derive de «ilicina», sino el proceso en virtud del cual ha cambiado la «i» inicial en «e» y la «l» en «n» y ha caído la «i» breve de la sílaba anterior a la acentuada, es lo que tiene interés»¹⁸. Dos años más tarde, en 1901, vuelve a decir otra vez lo mismo, sin salirse de lo que tenía más a mano, el nombre de su querida encina, cuya evolución lingüística también sigue con curiosidad: «[lo importante no es] que nuestra «encina» (en catalán «alsina») venga del bajo latín «ilicina», sino cómo y porqué se ha perdido la «l» de la segunda sílaba y han cambiado la «l» en «n» y la «i» inicial en «e» es lo interesante»¹⁹.

FIJACIÓN DEL ESTEREOTIPO

Cuando a su libro «Paisajes», de 1902, incorpora un texto, escrito algunos años antes, quizás en 1897 ó 98, sobre «La Flecha», nos da la primera prueba de la fijación del estereotipo literario de la encina unamuniana que había empezado a establecerse desde las primeras citas de 1895 y 1899, que vimos más arriba. En este texto aparece «la grave encina, vestida siempre e inmóvil», donde reencontramos la gravedad, la

¹⁶ O.C., I, 432.

¹⁷ O.C., VI, 728.

¹⁸ O.C., I, 754.

¹⁹ «El Siglo en España. La lingüística», feb. 1901, O.C., IV, 346.

perennidad de la hoja y la inmovilidad, que volverá a reaparecer casi intacta en su famoso y polémico «Discurso de los Juegos Florales de Bilbao», el día 21 de agosto de 1901, donde se habla de un paisaje «en que abre su follaje perenne la grave encina, inmóvil al viento»²⁰. Las tres notas de perennidad, gravedad e inmovilidad, que se relacionan con el pensamiento unamuniano sobre la eternidad, la seriedad y el senquista aguante, empiezan a aparecer como consustanciales a la visión poética, a la traducción metafórica de la encina en Unamuno.

El estereotipo verbal está ya fijado con todos estos elementos en la «Oda a Salamanca», en la que se vierten tantos significados unamunianos y que representa la culminación del proceso poético del Unamuno que vive, entre los dos siglos, la madurez de sus ideas y la cristalización de su estilo. La «Oda» de 1904 es un muestrario del pensamiento unamuniano y un repertorio de sus materiales poéticos más frecuentes y más propios. Entre estos materiales, la metáfora de la encina, como estamos viendo, no podía faltar:

«miras a un lado, allende el Tormes lento,
de las encinas el follaje pardo,
como el follaje de tu piedra inmovible,
denso y perenne».

Y, después, la encina vuelve como término comparativo, para hacer nos entender mejor el modo de crecimiento de la vida de Salamanca, de la intrahistoria, «como el crecer de las encinas lento, / lento y seguro». Estos versos recogen todas las notas anteriores de la encina unamuniana, desde 1895, y le añaden una nueva nota, la de la lentitud de su crecimiento, que es como una garantía de solidez; de su eternidad y de su permanente valor de símbolo. La metáfora continúa y sigue acumulando elementos significativos, que amplían su alcance expresivo y condensan su intensidad poética.

A la misma órbita de la «Oda» pertenece «El mar de encinas», poema escrito dos años después, en 1906, en el que vuelve la encina, con su perenne verdura, su gravedad estereotipada y su verdor pardo y austero y aparece la primera alusión al corazón del árbol, que se convertirá más tarde en otro de los tópicos unamunianos sobre la metaforización de la encina y en otro componente de peso en su valor significativo, que, como vamos apreciando, crece a medida del paso del tiempo, en un permanente proceso de profundización, en un incesante acercamiento a la realidad, como destino natural de todo lenguaje poético, abierto y vivo, como el de Unamuno, que cumple las condiciones del lenguaje metafórico analizadas por Philip Wheelwright, en «Metáfora y realidad»²¹.

²⁰ O.C., VI, 237.

²¹ 1962, trad. española en 1979. Espasa-Calpe.

«Su perenne verdura es de la infancia
de nuestra tierra, vieja ya, recuerdo...
y le acompaña su verdura grave...
es flor de piedra su verdor perenne
pardo y austero...
Es todo corazón, la noble encina»²².

ENCINA: UNAMUNO

Desde su inicial descubrimiento salmantino, las encinas se convirtieron, como vamos viendo, en una de las metáforas más arraigadas en los textos unamunianos. La encina le satisfacía; la veía cargada de significados, que traducían grandes y personalísimas zonas de su pensamiento. Si el paisaje era siempre para él una metáfora, la encina, dentro del paisaje, era su metáfora por antonomasia. Porque lo expresaba a él. Encontraba en sus características algo suyo, algo en lo que le gustaba reconocerse. Sus rasgos típicos, su morfología, su resistencia, su color, su utilidad la aproximaban a sus ideas entrañables y hacían de ella una múltiple metáfora, que repetiría muchas veces en sus textos, como una invariante estilística, sólidamente vertebrada. En esto Unamuno no cambió desde su cita inicial con las encinas castellanas en su primer gran libro, «En torno al casticismo» (1895), que ya hemos visto, hasta uno de sus últimos artículos de periódico, «Emigraciones» (19 de julio, 1936), en el que las encinas adquieren una evidente significación biográfica, poética, intelectual: «Y aquí en estas dehesas salmantinas, me he detenido tantas veces a contemplar esas matriarcales encinas que han peregrinado en el tiempo sin desprenderse del suelo nativo, a través de años y acaso de siglos»²³.

Desde fuera de Unamuno, también se veía a la encina como una criatura propia de su mundo, cercana a su significación, que podía identificarse, incluso, con él. Para John Dos Passos, la aproximación es completa: «El árbol típico de Castilla es la encina, árbol, por lo general, de poca altura, que tiene un denso follaje azulado y un tronco nervudo, nudoso y retorcido... El pensamiento de Unamuno, enfático, solitario, retorcido, forjado a martillazos con frases violentas, fuertes como la encina, es hermano de los caminantes y de las encinas de Castilla»²⁴. Unamuno, no sólo por su «forma» de pensamiento, sino por su reiterado trato metafórico con las encinas, a lo largo de su dilatada experiencia verbal, vino a demostrar la razón de Dos Passos y su propia fidelidad a esta identificación literaria.

Es evidente la relación que, con su pensamiento, existía en la base de esta metáfora unamuniana de la encina. Sobre todo la idea de eternidad, la duración en el tiempo, es la más fácilmente reconocible y valorable. En un texto relativamente temprano, de 1902, nos hace una descripción del árbol, en la que volvemos a encontrarnos sus habituales

²² O.C., VI, 177-78.

²³ O.C., I, 713.

²⁴ «Rocinante vuelve al camino», 1922.

adjetivos y en la que se traducen sus obsesiones más personales, incluso literarias, ya fijadas en este tiempo: «me volví de lado a apacentar mi ánimo en la contemplación de la encina. Era toda ella un ornato; su vigor no rebosaba en vistosas flores, ni en apéndices, ni flecos de ninguna suerte. Colgaba su flor, la candela, sin atraer a los abejorros; la brisa no lograba agitar sus rígidas hojas. Su quietud era solemne. No la agita el viento, ni el invierno le arranca su verdura. Vive siglos dando sombra a las flores de un día, a las que cae la gracia del sol cernido por su follaje²⁵. Hay una doble declaración de principios, en estas palabras para quien conozca la obra de Unamuno: un credo poético y una confesión moral. La encina, como sus versos, según confesó en su credo poético, expuesto varias veces a lo largo de su obra, no tiene vistosas flores, ni flecos de ninguna clase; es toda vigor, densidad, robustez. Y, además, la encina aguanta los ataques del viento y permanece igual a sí misma, incluso en circunstancias adversas, como tantas veces él dijo de sí mismo. Pero, sobre todo, la encina vive siglos. Esta idea de la eternidad de la encina se repite en casi todas sus citas, como signo más permanente del valor metafórico que le concedía, consecuencia de lo intensamente que sentía el problema de la eternidad, tan unido a su radical problema personal.

ENCINA: CASTILLA

En el mes de septiembre de 1906, Unamuno, publicó en «La Nación», de Buenos Aires, un artículo sobre la «España sugestiva», en el que veía a «la recia encina, toda ella corazón, levantar, como flor de piedra, su verdura perenne, entre berruecos, en un terreno cascajoso o rocoso, en una tierra toda ella corazón también, de piedra: corazón de hueso, y se verá cómo este interior de España...»²⁶. Vuelve el estereotipo con la reciedumbre, la perennidad de su verdura y el corazón, pero, en lugar de mantener la metáfora en sus límites anteriores, diríamos personales, amplía su alcance, como ya había hecho en su poema de «El mar de encinas» («Su perenne verdura es de la infancia / de nuestra tierra, vieja ya, recuerdo»; «floración secular del noble suelo»), y le incorpora a la metáfora una dimensión histórica, la de representar a la tierra castellana, que, como es sabido, en Unamuno adquiere a veces el valor de un símbolo de España. La encina ya no será sólo Unamuno, sino que será también Castilla-España, a la que se le pueden transferir algunos de los rasgos distintivos de la encina: duración, solidez y sentimiento cordial. Un mes más tarde, en octubre de 1906, las encinas le sirven de ámbito para una reflexión patriótica: «al reconocer aquellos piélagos de encinas, flores perennes de las entrañas rocosas de una tierra todo roca, todo entrañas, me recojo en la quietud de aquel largo silencio que allí duerme sueños de siglos en espera de una voz de conjuro que vaya a despertarlo»²⁷. Y, por si fuera necesario, dos meses después, en diciembre de 1906,

²⁵ O.C., V, 944.

²⁶ O.C., I, 629.

²⁷ O.C., IX, 230.

insiste y precisa su metáfora. No sólo la encina es Castilla-España, porque dura, es sólida y tiene corazón, sino que además, el crecimiento de su cultura es semejante al de la encina, retomando una idea de la «Oda»; «es el crecimiento de nuestra cultura como el de la encina, secular y lentísimo, no se aprecia de año en año el grosor que la savia deja bajo la corteza» y, más abajo, «es, además, el movimiento de nuestra cultura, como el de la encina, subcortical»²⁸. Lo mismo vuelve a decirlo en 1908, en un texto sobre el problema catalán, en el que, refiriéndose por oposición al progreso de Castilla, utiliza como término de comparación la encina, que «es recojida, parda, severa; escoria de sus flores —la candelá— del color de sus hojas, y es su crecer tan lento como seguro»²⁹. Pero, como ya estamos acostumbrados a ver, Unamuno da un paso más en la carga metafórica de la encina, que además de ser recojida, parda, severa y de crecimiento lento, como nos sabemos de memoria, tiene flor, escondida, difícil de descubrir y mimética, lo que explicaría la tardanza en ascender a los textos de Unamuno y añadiría otra nota significativa a la metáfora.

En 1915, adorna este sentimiento de identificación de la encina con España, en un texto irrefutable: «nunca he sentido rebullir más reciamente dentro de mí a la Patria..., como cuando me he dejado olvidar en medio de un monte de encinas»³⁰. Hacia 1920, en un texto incluido en el libro «Andanzas y Visiones Españolas», de 1922, y titulado «Paisaje Teresiano», aumenta esta aproximación entre Castilla y la encina, desde la doble perspectiva del paisaje y de la literatura: «Que en esta tierra de encinas pétreas, la piedra suele tomar ternuras de madera... los hombres del «Poema del Cid» o los del «Romancero» son como encinas o como rocas, de recio leño, o de piedra tierna»³¹.

En competencia con el roble de Machado como materia prima para esculpir al dios hispano, Unamuno propone en 1922 la madera de la encina añadiendo un dato más a la identificación metafórica de España-Castilla-encina: «mejor que tallar en roble al dios hispano, al dios adusto de la tierra parda como quiere Machado, es tallarle en el corazón de la encina, de que se hacen las dulzainas»³². En el mismo texto, continuando la veta metafórica de la encina, Unamuno vuelve sobre su idea de unir la encina al pueblo castellano, en una simbiosis positivista, resto de sus años juveniles tan unidos a la herencia del XIX: «Y habría que ver si ese corazón, esa flor y ese fruto de la encina no son símbolos del corazón, de la flor y del fruto del pueblo que entre las encinas se ha formado»³³. Todavía más claro, en un poema de 1930, la encina aparece como la vía de acceso al secreto de Castilla, con lo que la metáfora se enriquece más aún: «Encinas de verdor perenne y prieto / que guardáis

²⁸ O.C., III, 1110.

²⁹ O.C., VII, 455-56.

²⁰ O.C., IV, 237.

³¹ O.C., I, 495.

³² O.C., VII, 1464.

³³ O.C., VII, 1465.

el secreto / de madurez eterna de Castilla, / podada maravilla / de sosiego copudo; / encinas silenciosas / de corazón nervudo...»³⁴.

En 1931, le encuentra a la encina un nuevo simbolismo metafórico. Las encinas serían los símbolos de una religión ancestral, ibérica, fruto de la tierra y cristianamente precristiana: «las encinas, al pie de los berreucos, canteras antaño para sillares de castillos, me parecían cruces de leño arraigado en roca, cruces vivas y hojosas de un cristianismo ibérico y aboriginal»³⁵. Finalmente, en el mismo año, la encina le parece el mejor símbolo de esta tierra castellana, a la que fácilmente puede identificar con España y de la que toma sus símbolos más universales para unirlos a la encina: «Cruzar campos por entre matriarcales encinas castellanas. Matriarcales, velazqueñas y quijotescas... ¡la encina! ¡Símbolo y emblema secular del alma de esta tierra! «Robusta», la llamó Don Quijote, es decir, robliza, y es, de hecho, hermana del roble, el árbol santo de Guernica, el de las libertades vascas... Milenarias encinas castellanas a que riegan ramas del Duero y del Tajo, que Dios bendiga vuestro canto quijotesco, canto que me ha sido dado oír mientras miraba el oleaje dorado de la mies a espera de la hoz segadora!»³⁶. Como se ve, la mejor metáfora para significar la intrahistoria es la encina.

ENCINA: SALAMANCA

A la encina-Unamuno y a la encina-Castilla, tendríamos que sumar, en este crescendo metafórico, la encina-Salamanca, que parecería inevitable en quien conozca la biografía y el pensamiento unamunianos. Ya hemos visto que en la «Oda» la encina asume dos niveles metafóricos, el del paisaje y el de la ciudad. Ambos niveles los encontramos otra vez unidos, en uno de los textos de «Andanzas y visiones españolas», de octubre de 1911, que parece recrear y glosar las encinas de la «Oda» y resumir gran parte de todos esos elementos que le hemos ido viendo incorporar al bagaje metafórico de su encina.

El artículo se titula «Ciudad, campo, paisajes y recuerdos». Como una criatura verbal que ya conociéramos, vuelve la encina para ayudarnos a descubrir mejor la realidad de Salamanca. Vamos encontrándonos con todos los elementos metafóricos consabidos, a lo largo de un texto, que parece una glosa a una de las partes de su famosa «Oda» a dicha ciudad: «el follaje de estas pardas encinas de Castilla, de estos árboles solemnes, que brotan de la roca misma, de las entrañas de la tierra, es inmoble al viento, es apretado y denso, y es perenne. Y denso, inmoble y perenne es también el follaje de piedra de estos viejos monumentos salmantinos. Las piedras doradas por soles de siglos de nuestra Catedral, de nuestro templo de San Esteban, de nuestra Universidad, son como el follaje de las encinas. Y así, al contemplar los pináculos de la Catedral, sueño con las encinas de las anchas navas, y al apacentar mi vista y mi corazón con éstas, me corre por dentro, en curso soterrado del alma, el

³⁴ O.C., VI, 1342.

³⁵ O.C., I, 578.

³⁶ O.C., I, 640 y 642.

recuerdo de las piedras hojosas de nuestros monumentos de arenisca»³⁷. Años más tarde, en 1932, la metáfora encina-Salamanca no ha perdido su vigor y vuelve a decir: «al contemplar las sosegadas encinas, flor de la roca, de los campos que ciñen a esta ciudad gloriosa de Salamanca, encina plateresca y arenisca también...»³⁸.

PAISAJE

Para quien como él, vivía en Salamanca, era inevitable, por poca fidelidad que mostrase hacia su entorno —y él mostró mucha—, utilizar la encina como elemento natural de sus paisajes dentro del descubrimiento que toda su generación hizo del paisaje. Hemos visto cómo se introducía en un texto de «En torno al casticismo» («alguna procesión monótona y grave de pardas encinas...») y en la poesía al «Santo Cristo de Cabrera» («la encina grave...»), como paisaje antes de convertirse en metáfora. Después, muchas veces, le siguió acompañando como paisaje interior, sin dejar de apuntar, aunque de un modo menos evidente, su valor de símbolo metafórico. También vimos que la descripción de un crepúsculo, en el año 98, incluía «unas encinas recojidas y graves», y en su artículo de «La Flecha» se encuentra «la grave encina».

En una de sus «Poesías sueltas», fechada en 1899, nos comunica que estaba «reposando bajo la grave encina»³⁹. Poco después, en 1902, nos entrega la descripción de la encina, comentada más arriba, al hablar de la metáfora Encina-Unamuno, que es como una pormenorización de las entrañas de su metáfora, sin dejar de ser un apunte paisajístico y una confesión personal, siguiendo su habitual modo de hacernos ver un paisaje. La cita comienza con estas palabras: «Érame ya familiar el monte; mantenía con él una comunicación amigable. Trataba personalmente a cada encina, a cada fresno, a cada espino... los hombres me parecían mejores trayéndomelos a las mientes y contemplándolos en mi imaginativa, allá, entre las encinas, lejos de sus viviendas... Estaban las encinas encandeladas, en flor... me volví de lado a apacentar mi ánimo con la contemplación de una encina»⁴⁰.

Como paisaje, la encina sigue apareciendo en sus textos: «En este mar de encinas castellano...», «sobre este mar de encinas tiende el cielo...», «brinda al azul el piélagos de encinas...»⁴¹, 1906; «La agonía del sol en el ocaso / sobre el negro verdor de las encinas», 1910⁴²; «a la redonda sombra de la encina / inmóvil y negra, inmóvil se recuesta / el negro toro...», 1910⁴³; «en brazos de la tarde el sol se acuesta / en las encinas / que en rebaño apretado le reciben / en sus copas tranquilas»,

³⁷ O.C., I, 360-61.

³⁸ O.C., III, 809.

³⁹ O.C., VI, 789. Tópico del bucolismo latino, desde Teócrito y Virgilio, que llega hasta Goethe (Fausto II, 3).

⁴⁰ O.C., V, 941 y 944.

⁴¹ O.C., VI, 177.

⁴² O.C., VI, 351.

⁴³ O.C., VI, 401.

1907-1910⁴⁴; «Y me sube del fondo de los recuerdos uno que allí junto al Cristo de la Laguna se me grabó para siempre; el de una tarde, puesto ya el sol, en que al trasponer un pliegue del terreno vi de pronto a las encinas como mirándose en un cielo que se extendiera a sus pies», 1913⁴⁵; «El aire del encinar estaba henchido de los amoroso rumores del campo... No se veía en torno más que troncos y copas de encinas sobre la tierra... Nos tendimos boca arriba, a ver pasar entre la trama del verde pardo follaje de las encinas, volanderos copos de nubes», 1916⁴⁶; «Nada nos da tanto la impresión de perfectos monjes contemplativos como esas solemnes encinas que en amplias comunidades interrumpen de vez en cuando los páramos castellanos», 1917⁴⁷; «las graves y recojidas encinas del Pardo», 1922⁴⁸; «robustas encinas castellanas, de hoja perenne inmóvil al viento de la tormenta...»⁴⁹, 1923; «a cruzar campos por entre matriarcales encinas castellanas», 1931⁵⁰; «y he venido de aquellas encinas sosegadas, recojidas y castas, que ocultan pudorosas, su verde y recatada flor, la candela, a estas palmeras costeñas...», 1932⁵¹, y «en estas dehesas salmantinas, me he detenido tantas veces a contemplar esas matriarcales encinas...», 1936⁵².

ENCINA: HOMBRE

Pero la metáfora no se detuvo ahí, fue más allá del paisaje, y, además de servir para significar Unamuno, Castilla y Salamanca, llegó a significar el hombre en sus dimensiones morales, históricas, literarias y míticas. Tuvo que sufrir algunos añadidos y se enriqueció por dentro. Un día Unamuno descubrió, como ya dijimos, que las encinas tienen corazón y se lanza por el tobogán de la metáfora: «Todo el que ha andado por seculares encinares —¡oh, campos de Salamanca!—... sabe que los viejos árboles descorazonados dan mucho fruto. Y ello porque el corazón de los árboles no está donde el de los hombres. Que la savia del árbol va entre corteza y leño, por la albura»⁵³. A todos los rasgos que conocemos se le ha venido a unir el corazón, que solidifica el proceso de humanización del árbol, que tendrá largas consecuencias en los textos de Unamuno: «robustas encinas castellanas, de hoja perenne, inmóvil al viento de la tormenta, de flor que se esconde entre las hojas y de rojo corazón con que hacen melodiosas chirimías los zagales»⁵⁴.

Después de un tan prolongado cultivo y de una tan intensa utilización, Unamuno terminó por dedicarle a la encina un artículo completo en el que resumió sus puntos de vista sobre el tema y estableció la com-

⁴⁴ O.C., VI, 862.

⁴⁵ O.C., I, 417.

⁴⁶ O.C., V, 1075-76.

⁴⁷ O.C., III, 1192.

⁴⁸ O.C., I, 633.

⁴⁹ O.C., I, 638.

⁵⁰ O.C., I, 640.

⁵¹ O.C., III, 811-12.

⁵² O.C., I, 713.

⁵³ O.C., III, 1018-19.

⁵⁴ O.C., I, 638.

paración metafórica entre el árbol y el hombre, que añadió una precisión más a la metáfora de la encina, como trasunto humano y personal al mismo tiempo: «Llábase en la encina corazón al centro de su tronco y de sus ramas, a lo más denso del leño, a las capas primitivas, de primera formación. Que suelen ponerse de un dulce y encendido color. El corazón de la encina es lo más apretado de ella. Y lo más musical. Pues con este corazón, horadándolo a fuego, se fabrican las dulzainas. La parte más entrañada e íntima del leño de la encina, y la más densa de él es la que, teñida, suena más dulcemente y acompaña al baile campestre de los que descansan a la sombra del árbol». A esta descripción técnico-bucólica, en la que el corazón y el fuego incitan a un proceso de metaforización, sigue la humanización biográfica de la encina, que va cercando el paralelismo entre árbol y hombre en una suma de rasgos semejantes:

«Cuando el árbol se hace viejo, se le consume el corazón. Las encinas centenarias —¿quién sabe si milenaria alguna?— se nos presentan abiertas, mostrándonos sus vacías entrañas y sin corazón. Éste se les ha recogido, a lo sumo, en las ramas. Y acaso tiene estrecho enlace con ese melodioso y apretado corazón de la encina, madera de dulzaina, la flor del árbol ¿Conocéis la flor de la encina?».

Al corazón se le viene a unir la flor en este progresivo adensamiento de significados, que van delimitando el alcance metafórico de la encina: «A la flor de la encina, llamada «candela», no la conocen todos; no salta a los ojos. Un profano, un urbano —y no decimos ciudadano—, un hombre de calle y de plaza pública puede recorrer un encinar con los árboles en flor sin reparar en ésta, sin percatarse de la floración. Y es que la candela, que cuelga como un pobre carambanito verde, se esconde entre las hojas, de cuyo color se diferencia muy poco. Es su verdura algo más tierna que la del follaje, lo mismo que el leño del corazón es melodioso y más denso que el de las ramas y el del exterior del tronco». Unamuno nos demuestra aquí conocimientos de especialista, que vienen a confirmar la atención que le concedió a la encina y el asiduo trato con sus múltiples elementos metafóricos. Vimos su preocupación filológica por la palabra, y su larga utilización metafórica y ahora vemos su exacto conocimiento botánico, que añade una prueba más a su devoción poética por la encina, que en este artículo agota sus sugerencias, pues Unamuno continúa escribiendo:

«Y ahora pensemos, o más bien meditemos en nuestras meditaciones metafóricas y simbólicas si el corazón melodioso y denso de la encina castellana, el corazón de que se hacen a fuego dulzainas, no está estrechamente emparentado con la candela, con la flor modesta y verde que se esconde en el follaje, con las flores de que salen las bellotas que inspiraron a Don Quijote aquel su discurso —canto más bien— sobre la dichosa Edad de Oro, aquel discurso en que habló de «las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto» (parte I, cap. XI). Dulce le parecía a Don Quijote el fruto de la encina, la bellota, dulce como el sonido de la dulzaina, esa especie de chirimía corta que se hace de corazón de encina, y dulce es la vista de la candela, escondida en la copa del árbol, con su follaje pardo, denso y

perenne». Vuelve el estereotipo literario y se une a las alusiones paisajística y literaria, que antes hemos detectado, para componer esta piña metafórica que Unamuno crea alrededor de la imagen de la encina, a la que van a parar todas las notas que desde 1895 había ido utilizando Unamuno en sus textos sobre este árbol, cuyas conexiones metafóricas continúa devanando en el artículo que tan amplia como necesariamente estamos citando:

«Y había que ver si ese corazón, esa flor y ese fruto, no son símbolos del corazón, de la flor y del fruto del pueblo que entre las encinas se ha formado. ¡Ah; la encina! ¡La encina inmoble al viento, como si fuese un árbol metálico, robusta y recia, de hoja perenne y de corteza que es como una armadura; la encina de crecer lento, la encina que arraiga en las rocas, en las entrañas pedernosas de la tierra, y de éstas toma su jugo para fraguar su corazón melodioso, y para ofrecer al sol, al desnudo sol de Castilla, sus candelas, como en oficio litúrgico, y dar luego el dulce y sazonado fruto de la bellota! Un encinar es como un templo. En él se sueñan misterios drúidicos». Como vemos, la encina en manos de Unamuno es como una explosión metafórica, cuya onda expansiva va colonizando sucesivos terrenos significativos. Lo que empezó siendo una minuciosa descripción de artesanía y de botánica elemental ha llegado hasta los viejos ritos celtas de los orígenes, en lo que se podría calificar de una completa mitificación de la encina, que se resume en el último párrafo del artículo, que, titulado «Flor y corazón de la encina», está fechado el día 8 de diciembre de 1922:

«... pero la flor, la candela de la encina, nos trae al corazón —al corazón más que a las mientes— el verde florecer secular, la grave sonrisa melancólica y quijotesca. El corazón melodioso de Don Quijote era como el corazón de la encina manchega, y su flor como la candela. ¿Y el fruto? El fruto henchido de la savia con que se curtía la coraza. Que la coraza y el escudo eran de cuero en un principio y la casca de curtirlo tiene sangre de bellota»⁵⁵. El tratado de la encina de Unamuno se cierra, después de haber pasado por los cielos míticos y las citas literarias, con una nueva precisión de artesanía histórica, que redondea la erudición unamuniana sobre el tema y devuelve a la tierra la peligrosa aventura histórico-metafórica, que el artículo ejemplifica.

Pero todavía Unamuno no había terminado su recorrido por el ámbito simbólico de la encina, y nos sorprende, cuando ya creíamos que no se podría decir más, con otra cala en la pulpa metafórica del árbol; esta vez, al año siguiente, 1923, para enumerarnos su utilidad, en una nueva exhibición de su permanente atención hacia todo lo relacionado con la encina: «el leñador cree que el fin de la encina es dar leña; el constructor, que es dar madera; el cerdo y su ganadero, que es dar bellotas; los poetas, capaces de descubrir en el monte la flor delicadísima de la encina, la candela que se recata en el follaje, creen que el fin de la encina es dar flor, candela. Y los zagaes músicos, los que tocan la dulzaina o chirimía, han de creer que el fin de la encina es dar corazón —el centro de

⁵⁵ O.C., VII, 1464, 65 y 66.

su leño—, pues con él hacen su instrumento, con el corazón melodioso de la encina, atravesándolo con una varita de hierro candente»⁵⁶.

En un momento, como si hubiera esperado hasta el final para explicarlo todo, como el prestidigitador que después del espectáculo enseña sus manejos, la metáfora del hombre-encina se hace explícita en Unamuno, en un texto de 1933, en el que, a propósito de los hombres-árboles del Evangelio, dice: «El hombre-encina da en primavera su flor, su candela, que se esconde en el follaje prieto, y da en el otoño bellotas, como aquéllas con que regalaron a Don Quijote los cabreros... Y cuando el hombre-encina se rinde a tierra, aún con su leña se calientan muchos en el invierno. Y hay más. Y es que tiene su corazón melodioso, como la encina le tiene. Pues del llamado corazón de la encina, de aquel duro y de color encendido cogollo, hacen los pastores dulzainas y chirimías. Que así da la encina sombra, bellotas, leña para calentarse y corazón de tañir tonadas. Y la encina no es árbol callejero, no es árbol ciudadano. «¡No entres en la ciudad!» [como Jesús al ciego], se le ha dicho a la encina»⁵⁷.

LA ENCINA, SIEMPRE

Una vez más la metáfora funciona para enriquecer, en esta ocasión en 1924, la simbología de Don Quijote: «Sobre la flor de la encina, la llamada «candela», he escrito alguna vez. No puedo representarme a Don Quijote sino al pie de una encina, con las bellotas en la mano. Del corazón de la encina hacen en tierra de charros dulzainas. ¡Corazón melodioso!»⁵⁸. Texto que, por estar escrito en el destierro, como nota a su Soneto LXXXVII de su serie «De Fuerteventura a París», tiene más valor demostrativo, lo mismo que otro texto de 6 de febrero de 1929, también escrito en el destierro e incorporado a su «Cancionero»:

«Dulzainero, dulzainero,
toca en corazón de encina...
«La candela verde en hoja
de año entero se esmirría,
se escabulle la bellota
cascabel de monte arriba...»⁵⁹.

Vuelto en 1930 a España, al paisaje entrañable de su Salamanca, reencuentra las «encinas matriarcales», las «graves encinas», las «solemnes encinas», las «castas encinas», las «sosegadas encinas», las «seculares encinas», las «encinas silenciosas» y les sigue dedicando la atención metafórica que hemos venido persiguiendo desde 1895 y que no cesa en sus últimos años, en los que mantiene el mismo fervor poético inicial por la encina, con toda la cosecha de elementos simbólicos que ha ido

⁵⁶ O.C., VI, 666.

⁵⁷ «Primavera en la calle», «Ahora», Madrid, 21 abril, 1933, O.C., I, 609-610.

⁵⁸ O.C., VI, 728.

⁵⁹ O.C., VI, 1152.

recogiendo durante cuarenta años de fidelidad a la metáfora. Unos versos de 1930, nos traen de nuevo aquellos rasgos que Unamuno fue descubriendo en la encina, durante los años de fin de siglo:

«Encinas de verdor perenne y prieto
que guardáis el secreto
de madurez eterna de Castilla,
posada maravilla
de sosiego copudo;
encinas silenciosas
de corazón nervudo...»⁶⁰.

La encina le sigue sirviendo para enlazar con la tradición: «talla en encina robusta, / recia gamella románica»⁶¹, y le vuelve a dedicar sus mejores adjetivos: «las matriarcales encinas»⁶², «tus castas encinas»⁶³. Y resucita su viejo gozo de pasear entre sus metafóricas encinas, como nos cuenta en un artículo de julio de 1931, titulado precisamente «Entre encinas castellanas», con la fruición de hundirse en un universo de símbolos gratificantes, de recuerdos personales y de placeres recuperados: «He vuelto a oír entre las matriarcales encinas castellanas, surgiendo de sus melodiosas entrañas, la voz de Don Quijote»⁶⁴. La encina no ha perdido nada de su primitiva fuerza significativa en el pensamiento de Unamuno y continúa llenándose para él de los mismos simbolismos nacionales y estructurales: «las encinas, al pie de los berruecos, canteras de antaño para sillares de castillos, me parecían cruces, cruces de leño arraigado en roca, cruces vivas y hojosas de un cristianismo ibérico y aboriginal»⁶⁵.

En sus últimos años, Unamuno mantuvo su fidelidad a la encina y llegó a pensar en ellas como testigos, que le sobrevivirían y que crearían las circunstancias ambientales necesarias para entenderle: «Y pienso, al contemplar las sosegadas encinas, flor de la roca,... pienso que en generaciones venideras puedan los nietos de nuestros nietos, al pie de estas encinas, no taladas por la ciega codicia de los roturadores, gustar sosiego pensando en nuestras obras de reforma [agraria]»⁶⁶. Repite sus conocidos temas, con la misma intención de los primeros tiempos. Es el corazón de la encina, el que le sirve para insistir, en 1934, en el acierto metafórico que había encontrado tantos años antes y que no abandonaría nunca: «Y se acordó de que cómo en el corazón de la encina, con el rojizo rollo íntimo de su leño, casi como si dijéramos con su tuétano leñoso, hacen los charros dulzainas en que canta el corazón de la muerta encina»⁶⁷. En esta cita, como un presentimiento, se introduce la idea

⁶⁰ O.C., VI, 1342.

⁶¹ O.C., VI, 1347.

⁶² O.C., VI, 1342, junio, 1930. Tardíamente, adjetivó de «matriarcales» a las encinas. Es conocida la intensidad significativa con que empleaba la palabra «madre».

⁶³ O.C., *idem*, 1353, agosto, 1930.

⁶⁴ O.C., I, 640.

⁶⁵ O.C., I, 578.

⁶⁶ O.C., III, 809, mayo, 1932.

⁶⁷ O.C., V, 1203.

de la muerte, que hasta ahora nunca Unamuno había unido a la encina. El mismo año, y envuelto en sus recuerdos autobiográficos, con motivo del homenaje recibido por su jubilación profesional, vuelve a sus textos «ese árbol magnífico de hojas siempre perennes, duro, recio y, además, que otras muchas veces del corazón de él se hacen las dulzainas, para que canten los hombres»⁶⁸.

Todavía en 1936, meses antes de su muerte, en un artículo publicado el día 19 de julio, mostraría su fidelidad a la encina, en una postrera cita, que asumiría al mismo tiempo sus valores paisajísticos y metafórico, reuniendo, como una última demostración, las referencias biográficas y las ideas de continuidad y de eternidad, que tan dentro estaban de su pensamiento. Las encinas una vez más eran trasunto de sus propias preocupaciones y visualizaban uno de sus más profundos anhelos: el deseo de permanecer: «Y aquí en estas dehesas salmantinas, me he detenido tantas veces a contemplar esas matriarcales encinas, que han peregrinado en el tiempo, sin desprenderse del suelo nativo, a través de años, y acaso de siglos»⁶⁹. La encina unamuniana ha perdido en este texto sus habituales acompañamientos de color, hoja, corazón y sus connotaciones de gravedad, inmovilidad, robustez, para quedarse en la esencialidad de su significado: permanencia a lo largo del tiempo, que tan hondamente afectaba a Unamuno.

RESUMEN

Las citas unamunianas de la encina llenan toda su obra literaria, desde su primera aparición en 1895, recién desembarcado en Salamanca, hasta la última en 1936, pocos meses antes de su muerte, lo que viene a demostrar una continuidad, que contradice la tópica imagen de un Unamuno cambiante y contradictorio. Prácticamente no hay año en que la encina no encuentre sitio en los textos de Unamuno; ni siquiera los años del destierro fueron una excepción, aunque durante ellos la encina sufrió un lógico y ligero eclipse, consecuencia de su alejamiento físico. Hay una serie de temas, como el del niño, o el de la madre, o el del agua, ya señalados por los comentaristas, o como, en menor medida, el de la encina, que estamos viendo ahora, que se repiten invariablemente a lo largo de los años, con una contumacia que no puede dejar de ser significativa.

Los años en que Unamuno cita la encina en sus textos, en una recolección que no pretende ser exhaustiva, pero hecha con suficiente atención, como para poder ser tomada en cuenta, son los siguientes: 1895, 1897, 1898, 1899 (3), 1901 (2), 1904, 1906 (5), 1907, 1908, 1910 (3), 1911, 1913 (2), 1915, 1916, 1917 (2), 1920 (4), 1922 (2), 1923 (2), 1924, 1929, 1930 (4), 1931 (3), 1932 (2), 1933, 1934 (2) y 1936. Esta asiduidad, evidente incluso en una lectura superficial de sus obras, viene a demostrar el especial relieve que los valores metafóricos de la encina tenían para Unamuno y la permanente disponibilidad de la metáfora en su arsenal poético.

⁶⁸ O.C., IX, 454-55; septiembre, 1934.

⁶⁹ O.C., I, 713.

La acumulación de citas desde 1899 a 1906 demuestra la permeabilidad unamuniana a su contorno físico, la dependencia de sus impresiones inmediatas del paisaje castellano, que tanto frecuentó por esta época y más concretamente su lírica convivencia con los campos de Salamanca, que le proporcionaban abundantes encinas para su metabolización poética. Coincide esta proliferación con la intensidad del léxico salmantino, que según Menéndez Pidal tiene su punto de inflexión en 1905 en «La vida de don Quijote» para bajar después e integrarse en su vocabulario. La otra acumulación de citas entre 1930 y 1932 coincide con su vuelta a Salamanca después del destierro y podría confirmar su respuesta reflexológica ante el reencuentro con las viejas encinas de sus primeras experiencias castellanas.

Hemos visto cómo al entrar en contacto Unamuno con el paisaje de Castilla y más concretamente de Salamanca, la encina irrumpe en su mundo verbal para no abandonarlo nunca. Esta fidelidad a la encina es valorable para el entendimiento del autor, aunque la metaforización y la simbolización de este árbol vinieran a sumarse a una larga tradición, que aparte de haber provisto de ejemplos a la filosofía de Aristóteles, tiene en Virgilio una representación clásica, en el Canto IV de la «Eneida»:

«Y como encina recia, añoso tronco,
luchan por desguajar cierzos alpinos,
con porfiados asaltos combatiéndola
de un lado y de otro, y ella cruje,
sembrando en torno el monte con sus hojas,
pero prendida queda en alta peña,
en el cielo la frente y las raíces
en el seno de la tierra hundidas: así el héroe...».

Cervantes, como el propio Unamuno nos ha recordado, retomó el tema tradicional y lo incorporó a la iconografía de Don Quijote. Modernamente, sin apurar las citas, Antonio Machado vuelve a la encina, al entrar en el paisaje castellano, de «sus veinte años en tierra de Castilla», y después de «las polvorientas encinas» y «las negruzcas encinas» de «Soledades» (1899-1907), vienen «los negros encinares», «la encina íbera», «los viejos encinares» y «los roídos encinares» de «Campos de Castilla» (1907-1917), antes de llegar al poema de «Las encinas» del mismo libro:

«¡Encinares castellanos
en laderas y altozanos,
serrijones y colinas,
llenos de obscura maleza,
encinas, pardas encinas;
humildad y fortaleza».

Poema, en el que la encina reclama el protagonismo poético de los campos castellanos, por estar llena de unos valores simbólicos más propios, más intensamente significativos que los de otros árboles, puesto

que «el roble es la guerra... y es más rudo que la encina, más nervudo, más altivo y más señor», «el pino es el mar y el cielo y la montaña», «la palmera es el desierto, el sol y la lejanía», «las hayas son la leyenda», «los chopos son la ribera», «el manzano tiene el olor de su poma», «el eucalipto el aroma de sus hojas», «el naranjo la fragancia de su flor» y «el ciprés es la elegancia del huerto». Machado enumera, por contraste, los valores de la encina, después de haberla interrogado:

«¿Qué tienes tú, negra encina
campesina,
con tus ramas sin color
en el campo sin verdor;
con tu tronco ceniciento,
sin esbeltez ni altiveza
con tu vigor sin tormento
y tu humildad que es firmeza?»⁷⁰.

La encina no es brillante, ni bonita, ni tiene arrogancia, ni fiereza, pero tiene la humildad de «vivir como se puede» y además es firme, siempre igual, impasible, casta, buena, robusta, serena, eterna, arisca, adusta y le da sombra y leña a los buenos aldeanos. Como se ve, también para Machado, la encina es metáfora de sí mismo.

La metaforización de la encina, nunca abandonada por la poética mediterránea, llega hasta el título de una reciente exégesis de la vida cristiana, titulada «Elogio de la encina»⁷¹ del teólogo Olegario González de Cardedal, en la que, con evidentes reminiscencias unamunianas, la encina simboliza la resistencia, la permanencia y la humildad del cristianismo. Citemos de pasada el sentido metafórico en el título de Malraux «Les chênes qu'on abat» (1977), referido al General De Gaulle. No hará falta recordar el carácter sagrado de la encina en todo el ámbito mediterráneo y su frecuente ascensión a los escudos y emblemas regionales y locales, restos de primitivas adoraciones religiosas de antecedentes célticos y griegos.

Pero Unamuno no recibe el tema metafórico de la encina de la tradición clásica, sino de su experiencia inmediata del paisaje castellano. Un tema literario, de tan larga vida en la cultura mediterránea, lo revitaliza, haciéndolo suyo y llenándolo de nuevos significados. La comparación con el empleo de la encina en los versos de Machado delimita el campo metafórico en el que se movía Unamuno, coincidente con el campo machadiano, en algunas notas, sobre todo las referidas al paisaje, pero muy diferente en sus notas más esenciales, que enlazan, como hemos visto, con las preocupaciones más íntimamente unamunianas. No será la representación de un misterio religioso, ni la encarnación del espíritu de un pueblo solamente, ni la traducción metafórica de un paisaje, sino que la encina será, antes que nada, la metáfora que exprese su deseo de eternidad, su firmeza frente a la adversidad y sus valores mo-

⁷⁰ «Las encinas», «Poesías completas», 1949, pp. 101. Ed. Espasa Calpe.

⁷¹ Ed. Sígueme, Salamanca, 1973.

rales de intensidad espiritual, acendramiento intelectual, fidelidad a sí mismo, reciedumbre y utilidad colectiva. También la encina trae gracia, su tafóricamente su poética, por su escasa vistosidad... gracia, su retorcimiento formal y su densidad comunicativa.

No hará falta decir que queda suficientemente contestada la pregunta del prof. DUSTOS Tovar, que en 1973 se interrogaba: «¿Se trata de asignar a ésta [a la encina] un valor simbólico y diferencial?». E igualmente se explica por qué Unamuno «no «viera» los quejigos, robles, rebollos, castaños, acebos... que abundan en la provincia de Salamanca tanto o más que la encina», hecho que había llamado también la atención del citado profesor⁷².

LUCIANO G. EGIDO

⁷² CCMU., XXIII, 1973, pp. 134.